

hasta el mar y se confiaba en la defensa de aquella costa a los Mendoza responsables de un sistema defensivo que se perpetuará a lo largo de la Edad Moderna extendiéndose al resto de la península. Martínez Ruiz señala como esta familia nobiliar responsable durante tres generaciones de la defensa de aquellos parajes construyeron un sistema defensivo articulado en tres niveles que se complementaban. Se trataba de una línea costera de torres vigías, otras fortificaciones menores encargadas de rechazar los ataques costeros y por último las fortalezas reales y sus guarniciones<sup>25</sup>. Un sistema similar extendido y adaptado a toda la península se conservaba en 1808 como una red compuesta por una línea de torres vigía o baterías artilladas, complementada con fortines o castillos aislados y todo ello articulado desde plazas fuertes fortificadas que taponaban las incursiones enemigas por el territorio.

La situación de cierta relajación de las fortalezas españolas antes del inicio de la Guerra de Independencia hizo necesario la realización de obras de adaptación a la nueva contienda para el mantenimiento de la defensa de estas plazas fuertes estratégicas. Los problemas en la financiación de las obras no eran una novedad y pocas construcciones de nueva planta se realizaron durante el siglo XVIII ya que casi todas las torres, castillos y plazas fuertes procedían de la Edad Media y habían sido adaptadas a los nuevos tiempos de la guerra moderna. No faltaban fortificaciones abandonadas sin uso, problemas para completar las guarniciones y sobre todo falta de artillería en muchos puestos militares, aunque estuvieran preparadas potencialmente en la práctica señaladas posiciones no tenían armamento defensivo. Se repetía el mismo fenómeno que había sucedido en España cien años antes como consecuencia de las condiciones en que se presentaban las fortalezas españolas durante la Guerra de Sucesión española. En el siglo XVIII e inicios del XIX una vez superada la línea de vigilancia costera o fronteriza los caminos reales serían una autopista hacia Madrid ante una invasión de una fuerza armada enemiga, ejemplo de ello era Pamplona. Se reforzó la defensa exterior abandonando la red de fortalezas medievales que yacían tierra adentro. El planteamiento general era el mantenimiento de un cinturón defensivo que soportase las incursiones por las fronteras y por las costas, abandonando los esfuerzos por una red interior fortificada.

Castillos medievales destartalados adaptaron sus características para su funcionalidad en la guerra moderna. Esto supuso que gran parte de ellas estuvieran dominadas por la artillería desde alturas próximas lo que las convertía en puntos

estratégicos indefendibles para la guerra. En los asedios a ciudades durante la Guerra de Sucesión española será un castillo en lo más alto el último punto en rendirse, a menudo bajo mediación diplomática. Los mismos comportamientos se repetirían durante la Guerra de Independencia abandonándose posiciones débiles y trasladando artillería y tropas desde posiciones no estratégicas a los puntos más calientes. Muchas cambiaron de bando sin grandes enfrentamientos por la presión de los avances militares de los ejércitos. La situación de las defensas militares españolas era relajada en todo el ámbito de la monarquía, aunque no faltaron esfuerzos para dotar de sistemas defensivos a todos los puntos estratégicos. Debido a los Pactos de Familia, la sintonía dinástica y la tradición aliada hispanofrancesa de toda la centuria anterior la frontera militar de los Pirineos estaba muy abandonada. La costa catalana contaba con innumerables puntos de control insuficientes para parar una incomprensible invasión pero capacitados para dar la voz de alarma ante la llegada de tropas extranjeras. Se trataba de puntos de vigilancia más preparados para abortar actividades económicas fraudulentas que como defensa ante una invasión de un ejército enemigo.

La costa mediterránea tenía diversos lugares donde el comercio ilegal y la llegada de piratas se producía de manera más o menos frecuente. La cantidad de torres de vigilancia y los castillos y ciudades fortificadas no eran suficientes para controlar toda la longitud de la costa. Sin embargo se hizo un esfuerzo para dotar de un punto de control para cada fondeadero y ensenada donde podían llegar embarcaciones abandonando por completo las torres y castillos de tierra adentro. La frontera era permeable por numerosos puntos pero se tuvo en cuenta su vigilancia para evitar "insultos" y "sorpresas" por el mar. Por ello se produjeron algunas obras durante el siglo XVIII en un



25.- Esta red fortificada se asemejaba a los planteamientos militares defensivos nazaries. E. MARTÍNEZ RUIZ, op. cit., 2008b, p. 422.